

Llevaban siete años viviendo en su casita de Greentree Avenue, en Westport, Connecticut, y ya la detestaban. Y ello por varias razones, ninguna de ellas lógica, pero todas imperiosas. En primer lugar, la casa poseía una especie de talento maligno para ofrecer pruebas de sus deficiencias y borrar todo rastro de sus buenas cualidades. El descuidado césped y los hierbajos que llenaban el jardín pregonaban a los transeúntes que Thomas R. Rath y su familia no eran de los que disfrutaban «arreglando la casa» ni podían pagar a otra persona para que lo hiciera por ellos. El interior de la casa tenía un espíritu más vengativo todavía. En la sala, cerca del suelo, el yeso del revocado presentaba una enorme desconchadura que ascendía adoptando la forma de un signo de interrogación. A la pared el mal le venía del otoño de 1952, cuando después de bregar durante meses para pagar facturas atrasadas, Tom llegó a casa una noche y se encontró con que Betsy había pagado cuarenta dólares por un jarrón de cristal tallado. Aquellos despilfarros eran totalmente impropios de Betsy; de la guerra a esta parte, por lo menos, Betsy era un ama de casa sensata. Y cuando hacía algo que a Tom no le gustaba, solían discutir la cuestión cuidadosa y razonablemente. Pero precisamente aquella noche Tom estaba cansado y preocupado porque él, por su parte, acababa de gastarse setenta dólares en un traje

nuevo que creía necesitar para vestir de acuerdo con las exigencias de su profesión, y en el momento culminante de una discusión acalorada, levantó el jarrón y lo arrojó contra la pared. El grueso cristal se hizo añicos, el yeso se desprendió y dos de los listones que cubría se rompieron. A la mañana siguiente, Tom y Betsy, de rodillas, se afanaron en revocar la grieta y luego repintaron toda la pared; pero cuando la pintura estuvo seca la gran escotadura junto al suelo quedó perfectamente visible, y arrancando de ella el trozo curvado que subía casi hasta el techo dibujaba un signo de interrogación. A Tom y Betsy que la desconchadura tuviera aquella forma no les pareció simbólico, ni siquiera divertido, sino sencillamente enojoso. Aquella curiosa forma hacía que la gente se quedara mirándola abstraída; durante una fiesta que dieron, un invitado al que se le había ido la mano con la bebida exclamó:

—Oye, es curioso. ¿Os habéis fijado en el gran interrogante que tenéis en la pared?

—No es más que una desconchadura —replicó Tom.

—Pero ¿por qué había de seguir la forma de un interrogante?

—Simple coincidencia.

—Es curioso —insistió el invitado.

Tom y Betsy se prometieron mutuamente que un día de éstos enyesarían toda la pared; pero nunca lo hicieron. La señal continuó allí como un recordatorio imperecedero del arranque despilfarrador de Betsy, del arranque de violencia de Tom y de la ineptitud de ambos a la hora de recomponer paredes o de pagar a otros para que las recompusieran. A Tom le parecía irónico que la casa conservase aquella clase de recuerdos mientras que dejaba que las tardes de cariño y de placer resbalasen por su superficie sin dejar rastro alguno.

La grieta de la sala de estar no era el único recuerdo de las horas malas. En el empapelado del cuarto de Janey, una mancha de tinta con huellas de manos conmemoraba una de las pocas veces en que Janey había destruido la propiedad a conciencia y la única ocasión en que Betsy perdió los estribos y le pegó. Janey tenía cinco años, era la mediana de los tres hijos de los Rath. Janey lo hacía todo

con energía; en vez de llorar, chillaba, y cuando estaba contenta, su rostro parecía condensar toda la alegría del mundo. Aquel día, habiendo decidido que quería jugar con tinta, se la derramó a discreción sobre las manos y se puso a marcarlas limpiamente sobre el papel de la pared, desde el suelo hasta la altura que podía alcanzar. Betsy se enfadó tanto que le golpeó ambas manos, y la pequeña, que sólo entendía que la habían interrumpido en medio de un trabajo artístico, se pasó una hora tendida en la cama, sollozando y frotándose los ojos hasta que tuvo toda la cara llena de tinta. Betsy, que se sentía peor que una asesina, trató de consolarla, pero ni aun cogiéndola en brazos, meciéndola y arrullándola, lo consiguió. Los estremecimientos de la niña la alarmaron. Aquella noche, cuando Tom llegó a casa, encontró a madre e hija durmiendo estrechamente abrazadas. Las dos tenían la cara llena de tinta. La pared manchada era un recuerdo y un documento.

Un millar de pequeños desperfectos se constituían en testigos de la negligencia de los Rath. Un perro, al que el año anterior habían atropellado, había arañado la puerta principal. El grifo del agua caliente del cuarto de baño goteaba. Casi todos los muebles necesitaban un cepillado, tapicería nueva o una limpieza. Y además, la casa era demasiado pequeña y fea, y casi idéntica a las que tenía a uno y otro lado.

Los Rath la habían comprado en 1946, poco después de que a Tom lo licenciaran del ejército y de que, por indicación de su abuela, entrara de asistente del director de la fundación Schanenhauser, organismo que un anciano millonario había fundado para financiar la investigación científica y fomentar las artes. Tom y Betsy se habían dicho uno a otro que probablemente no vivirían allí sino uno o dos años, hasta que pudieran permitirse algo mejor. Les llevó cinco darse cuenta de que, probablemente, el coste de criar a tres hijos iría aumentando tan deprisa, por lo menos, como el salario de Tom en un organismo benéfico.

Si Tom y Betsy hubieran sido completamente razonables, esta certeza les habría empujado a ponerse a pintar su vivienda con actividad febril, pero operó el efecto contrario. Sin hablar del tema de

masiado, ambos empezaron a mirar su casa como una ratonera; y las reformas no les proporcionaban más gozo del que le hubiera producido a un preso sacarle brillo a los barrotes de su celda. Ambos se daban cuenta de que los sentimientos que les inspiraba la casa no eran dignos de muchos elogios.

—No sé lo que nos pasa —dijo Betsy, una noche—. Tú tienes un trabajo bastante bueno, tenemos tres hijos preciosos, y muchísima gente se consideraría satisfecha con una casa como ésta. No hay motivo para que siempre estemos tan descontentos.

—¡Claro que no! —exclamó Tom.

Pero sus palabras sonaban a falsas. Era extraño pensar que aquella casa, con el interrogante en la pared, quizá fuera el final de su derrotero particular. Resultaba imposible creerlo. Tenía que ocurrir algo, quién sabe qué.

Tom pensó en su casa aquel día de primeros de julio de 1953, cuando un amigo suyo llamado Bill Hawthorne mencionó la posibilidad de conseguir un empleo en la United Broadcasting Corporation. Tom estaba almorzando con un grupo de conocidos en The Golden Horseshoe, un pequeño bar-restaurante cercano al Rockefeller Center.

Bill, que trabajaba de redactor publicitario para la United Broadcasting, dijo:

—Tengo entendido que hay un puesto nuevo en nuestro departamento de publicidad. Creo que cualquiera de vosotros cometería una locura aceptándolo, pero si os interesa, ahí está...

Tom estiró las largas piernas debajo de la mesa y revolvió inquieto sobre la silla su corpulenta humanidad.

—¿Cuánto pagarían? —preguntó con aire de indiferencia.

—No lo sé —contestó Bill—. De ocho a doce mil dólares, imagino, según lo buen atracador que seas. Si te animas, pide quince. Me gustaría que alguno les diera bien a esos cabrones.

Aquel verano estaba de moda mostrarse cínico con los jefes, y los publicistas eran los más cínicos de todos.

—Os lo regalo —dijo Cliff Otis, redactor de una gran empresa publicitaria—. Yo no me metería nunca en ese todos contra todos.

Tom se puso a contemplar el fondo de su vaso y no dijo nada. «Quizá sacaría diez mil al año —pensó—. En ese caso, Betsy y yo podríamos comprar una casa mejor.»